

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

OCTUBRE N.º 46 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO

Wamba el triunfador, por F. F. V.—Poesía, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Isabel, por M. C.—La pendiente del abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—La mano de la providencia, por V.

WAMBA EL TRIUNFADOR.

I.

Habiendo muerto el rey godo Recesvinto en el año seiscientos setenta y dos de la era cristiana, ni dejó hijos que heredasen su corona, ni entre sus hermanos se encontró alguno que pudiera dignamente sucederle en el mando. No estaba entonces tan afianzado el derecho hereditario en la sucesión al trono de España, que no sufriese en algunas circunstancias extraordinarias las modificaciones que reclamaba el bien común, y para que este quedase firmemente asegurado, se necesitaba entonces en el sòlio un varón de prendas nada vulgares aunque su estirpe no fuese de

sangre real. Hacía falta un hombre con el teson suficiente, para llevar a cabo la reforma de leyes y de costumbres, que el rey Recesvinto había dejado casi en proyecto; para lo cual era preciso que el hombre elegido tuviese el primero las leyes grabadas en el fondo de su corazón por haberlas practicado toda su vida. Los nobles, los poderosos, todos los personajes de mayor influencia en la causa pública y por tanto los más interesados en la elección del nuevo soberano, viendo que los hermanos del difunto rey eran poco a propósito para sucederle en tan espinoso cargo, determinaron unánimemente elegir a Wamba a quien la opinión pública designaba como el varón más digno de ceñir a su frente la corona. Wamba era hombre principal, muy estimado por los reyes que le habían conocido, a los que había prestado sus servicios en épocas más tranquilas: era tan inteligente en las cosas de guerra como en las de la paz, y el mayor elogio que de él puede hacerse, es decir, que era digno en un todo del cargo importante a que le destinaban. La mayor dificultad consistía en hacérsele aceptar, porque Wamba que en algún tiempo había figurado bastante en la corte, se hallaba en aquella sazón retirado en una de sus posesiones campestres, donde se distraía algunos ratos en la útil ocupación de la agricultura, y donde había resuelto pasar los días que aun le quedasen

de vida, desengañado ya á favor de una larga esperiencia de lo que valen las grandezas de la tierra.

Los comisionados del pueblo, firmes en su resolucion, fueron á buscar á Wamba á su solitario recinto, apenas resguardado por una endeble tapia, por encima de la cual asomaban los arbustos y las ramas de los árboles cargados de fruta sazonzada. Una hermosa calle, cubierta de finísima arena y bordeada de césped, les condujo á lo mas sombrío del vergel. Aquellos hombres profanos al sentir la frescura y puro ambiente de aquel sitio, al respirar el ambiente que las flores exhlaban, al escuchar el gorgojo de las aves, que habian elegido para su morada aquella predilecta mansion, empezaron á comprender que pudiera muy bien haber felicidad lejos de la corte y el mundano bullicio. ¡Tanta es la influencia de las bellezas naturales, tanto lo que alivian las fatigas de ánimo y de cuerpo, que no pudieron menos de sentirla entonces los hombres menos á propósito para ello!

Wamba descansaba junto á una cristalina fuente, mirando complacido cómo un chorro de agua cristalina bajaba con sordo murmullo á refrigerar sus vegetales. A su lado tenia la azada con que acababa de facilitar el paso á las aguas cuyo curso seguia cuidadoso. Nada es comparable á la sorpresa que le causó la nueva de su eleccion, y mirando con disgusto á los mensajeros, rehusó desde luego la seductora corona que á sus ojos ostentaban, anunciándoles que prefería la tranquilidad y las delicias de su vida privada á todo el brillo de la soberanía.

—No quiera el cielo, les dijo, que cambie yo esta vida apacible y retirada, donde la práctica constante de la virtud endulzará las penas de mi vejez, por el falso esplendor del trono que ya sé los disgustos y sinsabores que encierra.

No desistieron los enviados de su intento á pesar de la repulsa de Wamba, por que ya la llevaban prevista. Por el contrario insistieron, manifestándole que no venian á ofrecerle la corona como un medio de mejorar su situacion y asegurar su felicidad, sino como un sacrificio que era preciso hiciese á la utilidad general.

—No por vos, ni por vuestro engrandecimiento os ofrecemos la corona, le decian, sino por nuestro bien y por la prosperidad de la patria que vos solo podeis asegurar; así es que por nuestro amor habeis de aceptarla.

—Para gobernaros á vosotros, replicaba Wamba, era preciso conoceros á fondo, y yo que separado del mundo hace tanto tiempo vivo ausente de la corte, mal me puedo prometer el conoci-

miento capaz de proporcionaros ese bien que tanto deseais.

Al ver la obstinada repugnancia de Wamba á aceptar el gobierno, uno de los principales mensajeros no quiso que volviesen á incitarle, porque habia concebido otro género de argumento tan enérgico como persuasivo. Acercóse á Wamba con aire resuelto y denodado ademan y blandiendo ante sus ojos la espada desnuda le dijo:

—Al filo de esta espada perecerá todo aquel que anteponga su reposo privado á la salud general, y á quien mezquinas consideraciones impidan atender á la salvacion de su patria.

Solo así conoció Wamba cuán tenaz era el empeño de aquellos hombres, y al mismo tiempo cuán lisongera para él la conviccion de los que en él habian fijado su última esperanza. Wamba cedió al fin, abandonó con sentimiento su pacífico asilo para dirigirse á Toledo, donde fué conducido con gran pompa á la iglesia metropolitana. Allí el venerable arzobispo Quirico, sucesor de S. Ildefonso, le tomó el juramento de gobernar el reino con fidelidad, equidad, y justicia. Religiosa ceremonia de que tal vez por aquella época solo nuestra patria presentaba el ejemplo. Después que el nuevo monarca hubo jurado el observar el primero las leyes, levantó el arzobispo en ambas manos la riquísima corona de los antiguos reyes godos y la suspendió sobre la cabeza de Wamba que entonces pareció rodeada de celeste y misteriosa aureola, y cuando pronunciadas las palabras del rito la colocó sobre sus sienes á vista de un inmenso pueblo: innumerables gritos de júbilo resonaron en todos los ámbitos del templo.

WAMBA EL TRIUNFADOR. II.

Acertada fué la eleccion de los que habian designado á Wamba como el hombre mas á propósito para manejar las riendas del gobierno. No tardó mucho en revelar su talento y grandiosas ideas, así que pudo darlas competente desarrollo en la vasta esfera á que le habian ascendido. La prudencia con que se condujo en el ejercicio de la potestad suprema, en aquellos criticos tiempos ha sido intachable y sin embargo no bastó á calmar la inquietud de los descontentos y de los amantes de alborotos. Las reformas que Wamba planteó en todas las clases del estado, si bien eran saludables á la generalidad, no así al interés individual de algunos ambiciosos que al fin se declararon en abierta rebelion: entonces le fué preciso al electo monarca desplegar sus conoci-

mientos en el arte de la guerra. Los contrarios sin embargo no habian osado declararse cerca del sitio donde Wamba residia, temiendo los efectos de su pronta cólera: y contando con la distancia como un seguro recurso, fué en la Galia gótica donde primero levantaron la cabeza.

Hilperico conde de Nimes, era el gefe natural de aquella empresa á cuyo triunfo habia destinado todas sus riquezas, valiéndose ademas para lograrlo, de su crédito é influencia en el pais. Pudo este accidente comprometer el nuevo reinado de Wamba, por que Paulo, griego de nacion, general ilustre á quien envió sin tardanza á sofocar la insurreccion, despues de haber tenido secreta inteligencia con los parciales enemigos, se declaró enteramente á su favor. Envanecido con sus primeros triunfos, llevó su osadía al extremo de coronarse por rey compitiendo y despreciando al legítimo monarca. Conoció Wamba que era llegada la hora de ponerse en campaña, acudiendo en persona al estermio de los conjurados, y al frente de sus tropas, que se pusieron en marcha gustosas, acaudilladas por tal príncipe, partió á buscar los enemigos. Pacificó al paso la Navarra y Cataluña, donde habia cundido tambien la insurreccion, y atravesando los Pirineos con ejército ya victorioso, sujetó varias ciudades y villas de Francia, sin parar hasta poner cerco á Nimes, ciudad fortisima, último asilo de los magnates sublevados.

(Continuad),

AL DISTINGUIDO JÓVEN

DON JUAN NAVARRO Y OSUNA,

EN EL DIA

EN QUE TERMINÓ SU BRILLANTE CARRERA.

*Permite que la voz mia,
llena de ternura y calma,
un pensamiento del alma
te pueda, Juan, dirigir:
y entre tantos parabienes
como te dan, de mil modos,
el mas humilde de todos,
el mio, llegue hasta ti.*

*Hoy tu destino se trueca;
el niño de ayer ya es hombre
y puede su claro nombre
de brillo y gloria cercar.
La crisálida sencilla
se convierte en mariposa,
y gallarda y orgullosa
el mundo empieza á cruzar.*

*El noble vagel, erguido,
con rumbo seguro y cierto,
deja ya el tranquilo puerto
donde hasta aquí se albergó:
mas ¡ay! haz que en los escollos
que ofrece la mar bravia,
ostente la fé por guia
y la virtud por timon.*

*En Dios fijo el pensamiento
lleva el honor por emblema,
el deber por santo lema,
por norte la caridad:
que halle siempre por doquiera
amparo en ti la indigencia,
firme apoyo la inocencia
y defensa la verdad.*

*Mas ¡ay! ¿por qué te señalo
de la virtud el camino,
si hermoso, y puro y divino
en ti brilla su esplendor?
Si de tu padre heredaste
la lealtad y la hidalguia,
y fué en el mundo tu guia
de tu madre el santo amor?*

*¡Tu madre! ¡con cuanto anhelo,
de tu niñez en la aurora,
ha rogado hora tras hora
por tu dicha y por tu bien!
¡con cuanto afan y ternura
veló por ti, siendo niño!
¡con cuanto inmenso cariño
hoy hombre, vela tambien!*

*¡Oh! Juan, vuelve tu mirada
à esa madre que te adora;
ella en esta dulce hora
cumplidos sus sueños vé.
Tu ventura solamente
en este mundo ambiciona,
que hoy eres tu, la corona
que Dios coloca en su sien.*

*¡Amala siempre! de encanto
rodéala y de ternura;
vé siempre de su ventura
y de su alegría en pos:
piensa que antes de ser noble
militar, digno y honrado,
en sus entrañas formado
hijo suyo te hizo Dios.*

*Y patria, y deber, y gloria,
y cuanto al mundo le cuadre
no valen, lo que la madre
à quien le debes el ser.
Que ella es rayo de sol puro
que dà calor à tu vida:
flor que oculta y escondida
perfuma amante tu sien.*

*No lo olvides, y que sea
ella tu norte querido,
como tu, Juan, siempre has sido
su esperanza y su ilusion:
y serás feliz, que nada
de un hijo à la dicha iguala,
cuando en su frente resbala
la maternal bendicion.*

Enriqueta Lozano de Vilchez.

ISABEL.

CONCLUSION.

No quiso que se avisase à sus padres su llegada; sabe que están buenos: se lo han dicho en Tobolsk, y se lo confirman en Saimka; quiso sorprenderlos, y solo permitió à Smoloff que la acompañase. ¡Oh! ¡Cómo palpitaba su corazón al atravesar el bosque y al aproximarse à las orillas del lago; al reconocer aquellas rocas, aquellos árboles! Vió la cabaña paterna; precipitose hácia ella.... Se detiene; la violencia de su emoción la espanta; retrocede ante tanto placer. ¡Ah! miseria humana: héte aquí bien manifestada! Queremos facilidad; la queremos con exceso, y nos mata, y no la podemos soportar.

Isabel, apoyándose en el brazo de Smoloff, la dijo:

—¡Si encontraré enferma à mi madre!

Este dolor que vino à colocarse entre ella y sus padres, mitigó el exceso de su felicidad, y la devolvió las fuerzas. Corrió; llegó al umbral; oyó la voz de sus padres. Los reconoció; se comprimó su corazón; su cabeza se desvaneció; los llama; abrióse la puerta; vió à su padre; exhaló un grito, acudió su madre, é Isabel se arrojó en sus brazos.

—Vedla aquí, exclamó Smoloff; os trae vuestro perdón: ha triunfado de todo: ha obtenido lo que deseaba. Estas palabras no aumentaron la dicha de los desterrados: solo sabían que había vuelto; que la tenían delante; que no la abandonarían mas: han olvidado que existían otros bienes en el mundo.

Mucho tiempo quedaron sumidos en aquel éxtasis: estaban como dormidos; casi se hubiera creído que deliraban; se escapaban de su boca palabras sin conexión; no sabían lo que decían: en vano buscaban expresiones para expresar lo que sentían; no las hallaban: oraron, gimieron, y sus fuerzas y su razón se perdieron con el exceso de la felicidad, Smoloff se arrojó à los piés de los desterrados.

—¡Ah! les dijo: teneis un hijo mas. Hasta ahora Isabel no me ha llamado mas que hermano; à vuestro piés quizá me permitirá aspirar à otro nombre.

La jóven asió las manos de sus padres: les miró, y dijo:

—Sin su auxilio no hubiera quizá vuelto aquí, él me ha llevado ante el emperador; ha hablado por mí, ha solicitado vuestro perdón, y lo ha alcanzado: él es quien os devuelve vuestra patria, vuestra hija; y él en fin, quien me pone en vuestros brazos. ¡Oh! madre mía! decidme: ¿cómo debo mostrarle mi agradecimiento? ¡Oh padre mío! decidme: ¿cómo debo pagar la deuda de gratitud que con él he contraído?

Fedora estrechando á su hija contra su corazón, la respondió:

—Tu reconocimiento debe ser un amor, como el que yo profeso á tu padre.

Spinger exclamó con entusiasmo:

—El don de un corazón como el tuyo es superior á todos los beneficios; pero Isabel no podrá ser harto generosa.

La joven entonces uniendo la mano del joven á la de sus padres, le dijo con un modesto pudor:

—¿Prometeis no abandonarlos jamás?

—Dios mío, ¿he oído bien? Sus padres me la dan y ella consiente en ser mía.

No concluyó, é inclinando su cabeza, ocultó su rostro bañado en lágrimas: no creía que pudiese haber uno más feliz que él; y el cariño y el delirio de una madre que volvía á ver á su hija, la inconcebible alegría de aquella heroína que en la aurora de su vida acababa de cumplir con uno de los más santos deberes, y no veía virtud superior á la suya; tantas satisfacciones, todas estas dichas reunidas, le parecía no podían igualar á la felicidad que debía solo al amor. Si yo hablase ahora de los días que se siguieron, mostraría á Isabel conversando con sus padres, respecto de las crueles angustias que habían pasado durante su ausencia: mostraría á estos, oyendo con todas las emociones de la esperanza y del temor, la narración que les hacía de su largo viaje: oíríanse las bendiciones del padre en favor de todos los que habían protegido á su hija; y la tierna madre, mostrando sobre su corazón el rizo de cabellos de su Isabel, único objeto que había podido hacerla vivir hasta aquel momento: refería el placer que experimentaron los padres el día que el desterrado se presentó en su cabaña para decirle el beneficio que su hija le había hecho: no olvidaría las lágrimas que derramaron al saber su estremada pobreza, y la gran virtud que la sostenía: en fin, referiría su despedida de aquella cabaña salvaje: de aquella tierra del desierto, donde tantos males sufrieron; pero en la que experimentaron uno de los gozos más grandes de la vida; tanto más grandes y más puros, cuanto se comparan con el dolor y nacen de las lágrimas: semejantes á los rayos del sol, que nunca son tan vivos como cuando

saliendo del seno de la nube que los ocultaba, van á reflejar en los campos bañados de rocío.

Pura y sin mancha como los ángeles, Isabel va á gozar de su felicidad: va á vivir como ellos de inocencia y de amor. ¡Oh amor! ¡oh inocencia! seguramente de vuestra unión se compone la eterna felicidad.

Me detendré aquí. Cuando las imágenes risueñas y las escenas felices se prolongan demasiado, fatigan, por que son inverosímiles; no se creen: sábese muy bien que no hay en la tierra una dicha continua. Los idiomas tan ricos, tan varios y flexibles para expresar el dolor, tienen muy pocas expresiones, son muy pobres y estériles para expresar la felicidad; agótalos un solo día de dicha.

Isabel está ya en los brazos de sus padres: van á conducirla á su patria; á colocarla en el rango y riqueza de sus antecesores: se enorgullecen con sus virtudes, y van á unirla con el hombre que ama, y que han conceptuado ellos mismos digno de ella.

Esto basta: detengamos aquí nuestra imaginación en tan gratos pensamientos. Lo mucho que conozco la vida, sus inconstancias, sus engañadoras esperanzas, sus quiméricas y fugitivas felicidades, me hacen temer que si añadiese una página más á esta historia, me vería obligada á colocar en ella el cuadro de alguna desgracia.

M. C.

LA PENDIENTE DEL ABISMO.

(CONTINUACION.)

—Ta, ta, ta! vamos, hoy estás atacado del esplin que aqueja á los ingleses, y que se concibe bajo aquel cielo nebuloso y opaco, pero no bajo el hermoso y risueño de nuestra España. Vamos, desecha esas ideas, y pensemos en otra cosa: pensemos en vivir, en ver si la suerte nos es favorable esta noche, cuando nos reunamos con nuestros amigos, y ya verás con oro y sin cuidados, como no te parece la existencia pesada ni lánguida, y cómo desechas esos pensamientos que sin duda te produce la falta de dinero, en-

fermedad que vienes padeciendo de algunos dias á esta parte.

—Tal vez tengas razon, murmuró Julio, y es verdad que la fatalidad me persigue hace mucho tiempo, jamás á estado la suerte tan fatal para mí como lo está ahora, he tenido pérdidas tan considerables!

—Dígalo sino, la que te hizo abandonar la córte, y venir á buscarme hace algunos dias. ¡Oh! entonces te quedaste como un buque desarbolado, inútil, y sin poder navegar en ningunas aguas.

—¡Oh! aquella fué tan grande como rápida, seis mil duros en algunas horas!

—Ya podrás reponerte, y volverás á....

—Es difícil: ya sabes que no tengo recursos.

—Conforme adquiristes esa cantidad, bien puedes....

—No! aquello fué una casualidad inexplicable, y no sé...

—En todo caso, tal vez algun amigo pueda....

—¡Los amigos! empiezo á dudar de ellos.

—Hoy estás fatal, chico; y si piensas seguir así, te aconsejo que busques por ahí un monasterio donde ir á encerrarte para siempre, y no entristecer con tus dudas y con tus lamentaciones al que como yo, solo trata de mirar la existencia por el lado mas agradable.

—Es verdad, exclamó Julio haciendo un esfuerzo, y sacudiendo un latigazo al caballo, es verdad y te pido perdon por ello. ¡Qué diantre! procuremos pasar el tiempo lo mas alegremente posible, y olvidar... sí, sí, olvidar! es lo mejor: á nada conducen las ideas tristes, á nada: adelante.

Y los dos jóvenes siguieron su marcha, todo lo deprisa que les era dable, pues la lluvia se iba haciendo mas espesa cada vez.

—Que asombrada se quedará mi madre cuando sepa nuestra venida! ella que juzgaba que mi estancia aquí iba á ser mas larga, murmuró Ludovico; de seguro que no me culpa á mí! las madres son capaces de dudar de todo, menos de sus hijos, ¡son lo mas crédulas respecto á eso... su buena fé, nos facilita el camino, para engañarlas. Sí, aunque uno no piense hacerlo, ellas mismas!...

Este lenguaje cínico é infame, sonaba mal en los oídos de Julio, que nada quiso responder.

¡Ay! aunque los malos amigos le habian perdido, quedaban aun en su corazon los restos del sentimiento, que el pasado habia dejado grabado en él.

—¿A que no aciertas sobre quién recaerá la culpa de mi partida? añadió el pervertido joven alegremente.

—No, murmuró Julio distraido.

—Pues es muy fácil, á ti solo.

—A mí.

—¡Ya lo creo! has venido á buscarme; has permanecido aquí algun tiempo, durante el cual, nos hemos recogido en casa pocas noches, y luego nos vamos juntos; ya ves que hay motivos suficientes para....

—Es verdad, exclamó suspirando el joven.

Volvieron á guardar silencio, y siguieron marchando una hora mas, entregado cada cual á sus propias ideas.

La mañana habia avanzado ya: era casi medio dia, pero á pesar del deseo de Ludovico de llegar á Madrid temprano, esto se hacia difícil, pues los caballos empezaban á aflojar el paso, y el camino se hacia violento por el agua que arrojaban las nubes.

—Vamos, esto es intolerable, exclamó Ludovico, es imposible seguir así. ¡Oh! apretemos el paso y nos guareceremos en la primer venta que hallemos, hasta que cese un poco esta endiablada lluvia que nos va á causar un perjuicio espantoso.

Julio espoleó la cabalgadura, y así siguieron algun tiempo, renegando y profiriendo mil imprecaciones poco edificativas.

De pronto, y al volver un recodo distinguieron á poca distancia la chimenea de una de esas pobres ventas, que se alzan en medio de los caminos públicos, pobres, aisladas y miserables, mucho mas aun, desde que la velocidad del vapor las ha hecho inútiles y poco frecuentadas.

Julio y su amigo, que por venir de un pueblecito que no era de travesía, caminaban á caballo, vieron en la humilde posada un albergue salvador, y la saludaron con un «hurra» de alegría, pues en ella esperaban encontrar al menos, un techo que los covijara, y un buen fuego que secase sus ropas y les pusiera á cubierto del frio.

—Calla! exclamó Ludovico, mirando con atencion hácia la lejana venta; creo que no somos los solos que ven en aquella parda chimenea un puerto salvador.

—¿Por que lo dices? preguntó Julio mirando á su vez.

—Por que allí, por el lado de Madrid, veo mucha gente que segun parece se dirige á aquel sitio como nosotros.

—¡Sí, ya lo distingo! ¿que será?

—Pronto lo veremos, anda.

Y los dos empezaron á acortar rápidamente el camino que los separaba de la venta. Ludovico habia dicho bien.

Una porcion de gentes se dirigia tambien allí,

pero ¡ay! que iban despacio, muy despacio por que el cansancio les agobiaba; iban despacio, por que caminaban á pié; iban despacio, por que el agua que arrojaban las nubes caía sobre sus cabezas que no tenían resguardo alguno; iban despacio, por que el frío les entumecía los piés, y sus ropas empapadas por la lluvia pesaban sobre ellos y le impedían moverse con libertad.

¡Ay! aquellos eran los presos que habían salido de Madrid custodiados por algunos soldados, y entre ellos iba Mercedes!

Apenas, y aunque eran las horas del medio día, habían andado dos leguas.

Pero dos leguas á pié para una pobre mujer enferma y envejecida, son capaces á hacerla morir.

Los soldados que dirigían la marcha, viendo la imposibilidad de seguir adelante, tuvieron compasión de aquellos infelices y les llevaron á aquella humilde posada donde pasarían algunas horas y tomarían un corto descanso.

¡Oh! Dios iba á juntar en aquel sitio, á la víctima y al verdugo, al hijo culpable y á la madre sacrificada.

La cuerda de presos llegó primero á la puerta de la venta.

Los soldados pedían, por caridad, un asilo para aquellos infelices á los dueños de aquella casa, y estos se resistían á ceder á la petición.

Por fin, y al cabo de muchas instancias, les fué concedido un sitio en el pajar para las mujeres, y en las caballerizas para los hombres.

¡Oh! si no se hubieran detenido allí, la pobre Mercedes habría muerto, por que la era imposible seguir mas.

Sin aliento, sin fuerzas, se habia dejado caer exánime de fatiga en el dintel mismo de la puerta.

Sus piés estaban inchados y llenos de sangre, sus manos temblorosas y entorpecidas; sus cabellos, que el pesar habia tornado blancos, estaban pegados á sus sienes y empapados de agua; sus mejillas enflaquecidas, estaban escaldadas por el continuo llanto, y su frente pálida se inclinaba sobre el pecho, agobiada por la vergüenza y el dolor.

Al caer desplomada en el sitio en que se hallaba, sus ojos se cerraron y sus labios exhalaron un débil gemido.

¡Ay era que no podia resistir, y habia perdido el conocimiento, quedando desmayada sobre el helado y duro suelo.

Mientras todos los presos se disputaban el derecho de entrar, ella permanecía sin conocimiento y sin vida.

En aquel instante, Julio y su amigo detenían sus caballos y saltaban en tierra con una ligereza estremada.

—Vamos, arriba, gritaba uno de los soldados dirijiéndose á Mercedes, cuyo desmayo le impedía oírle, arriba; ¡habremos de estar aquí todo el día por que no quieras responder?

—¿Qué es eso? preguntó Julio acercándose y guiado por no sé que secreto impulso del corazón.

—Nada, respondió brutalmente uno de los soldados, una de las presas que ha caído aquí, y no se quiere levantar. ¡Voto á tal! Estas bribonas creen que no tenemos que hacer mas que contemplarlas; y con este tiempo.... ¡Oh! yo haré....

Y quiso levantar en alto su fusil para amenazar á la infeliz.

Julio se interpuso.

—¿Que va V. á hacer? dijo, tenga V. lástima de esa anciana.

—Buena lástima con ellas! ninguna la merece, ¿no ve V. que van presas, que son criminales?

—Pero esa....

—Esa es lo mismo que las demas, ¡creo que está sentenciada por ladrona! con que....

Un leve suspiro se escapó entonces de los labios de Mercedes, que empezaba á volver en sí.

Aquel suspiro estremeció á Julio, que encontró en él un eco parecido á las memorias de su niñez.

Aquel suspiro conmovió profundamente su alma, porque le recordó la voz de su madre.

Guiado por un impulso irresistible, se lanzó á ella y levantó con sus manos aquella afrente inclinada.

Sus ojos se dilataron, los cabellos se erizaron sobre sus sienes, y su semblante quedó lívido y desencajado.

¿Quién era aquella infeliz que tenia delante? ¿quién era, que apenas la podia reconocer y á quien sin embargo su corazón nombraba á voces?

¡En que estado, en que situación la veía! Y dudaba, y vacilaba y retrocedía!

Y su mano temblaba horriblemente, sosteniendo aquella frente que no se atrevía á dejar caer de nuevo!

Y sin duda, aquel temblor y aquella agitación conmovieron por una simpatía extraña á la infeliz mujer abandonada, porque sus ojos se abrieron y se fijaron en Julio, primero con vaguedad, despues con asombro, luego con un afán insensato.

—¡Julio! exclamó con voz imperceptible. pero llena de amor infinito, ¡Julio!

—¡Mi madre! gritó el jóven con un acento indescriptible, y que rompía á la par todas las fibras del alma, ¡mi madre!

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilches,

LA MANO DE LA PROVIDENCIA.

Cayetana era una buena viuda del pueblo de Orriols, que dista algunas leguas de Gerona. Estaba un día sentada en el umbral de su puerta, con la cabeza apoyada en las manos y en actitud del mayor dolor y abatimiento, cuando uno de los muchachos que jugaban al trompo delante de la choza, se separó del grupo y fué á sentarse á sus piés.

—Buena madre, ¿que tiene usted? la dijo con voz muy dulce.

—¡Ay de mí! contestó únicamente la pobre mujer.

—¿Quiere usted que la diga lo que tiene? ¡Es usted demasiado pobre, y no tiene bastante fuerzas para mantener á cinco muchachos! Escuche usted; yo no soy aquí mas que una boca inútil...

—¡Tú! tú, exclamó Cayetana, estrechando contra su corazón la cabeza del muchacho, y besando sus cabellos; ¡oh! tu eres mi hijo como los demás... tú me fuiste enviado por Dios como ellos.

—Veinte veces me ha contado usted mi historia; la sé de memoria, replicó el niño. Una tarde al anoecer, un jóven y una señora pasaron por aquí; venian de Barcelona, y eran perseguidos no se por quién, ni por qué; me pusieron en los brazos de usted: la fatiga y el miedo habia detenido la leche de mi madre; usted criaba entonces á Teresita y se encargó de mí; mi padre dióla ocho duros, diciendo que cuanto antes tendria usted noticias suyas; mi madre lloró y me colgó del cuello esta cadenita de pelo que no abandono jamás y este medallon que tiene el retrato de mi padre.... ya ve usted que nada olvido; hace diez años que estoy con usted; desde 1853.... desde entonces ninguna noticia ha tenido usted de mis parientes, y ni siquiera sabe usted sus nombres; yo mismo no tengo otro que el de *Menut*, que me han dado en el pueblo, y usted me ha criado como á un hijo... En lo que he sido pequeño, no he hecho nada, porque nada podia hacer; ahora soy fuerte y vigoroso: gracias al señor cura, sé leer y escribir, y es lo que basta para hacer fortuna.... Mis parientes son barceloneses; me iré á Barcelona.... No sabemos el nombre de mi padre, es verdad; pero enseñaré este retrato y preguntaré á todos los que encuentre: ¿Conoce usted á este caballero?... ¡Bah! me parece que no faltará quien lo haya visto, conocido, ¿quién sabe? ¿qué dice usted á esto, madre mia?

—Tu idea es buena, respondió la viuda; tanto

mas cuanto tu padre parecia muy rico, y los ricos no son tan comunes que se desconozcan sus fisonomías en el país de su naturaleza.... Pero, sin embargo, hijo mio, puedo resolverme á dejarte marchar así solo?

—Eso es cuenta mia, dijo Menut, levantándose con aire resuelto, y tomando la mano de Cayetana, la dijo con firmeza: ¡Madre mia, adios!

—¡Adios! exclamó la viuda.

El niño la enseñó una larga línea blanca que serpenteaba al pié de la colina y que iba á perderse en una garganta de montañas, para volver á aparecer algo mas lejos sobre la pendiente de las mismas.

—Hé ahí el camino de Barcelona, la dijo; al fin de él está mi padre.

—Hijo mio, ¿qué será de tí?

Menut levantó los ojos y la mano hácia el hermoso cielo azul y sin nubes.

—¡Madre la dijo con una especie de exaltación religiosa, el señor cura me ha dicho siempre que ahí arriba hay quien no abandona jamás al que le ruega con fervor.

—Pues bien, vé, dijo la piadosa Cayetana, en cuya presencia nunca se pronunciaba en vano el nombre de Dios; vete á Barcelona; y no olvides nunca á la pobre Cayetana, te lo suplico... Pero no marches aún hoy, añadió con aquel acento maternal, que daba á su voz una inflexion dulce y tierna... espera á mañana.... ¡Oh, Dios mio! pensar que le he criado con mi leche y educado para verle marchar solo de esta manera!...

El resto del día fué muy triste, y se empleó en ingeniosos preparativos. Al día siguiente, al asomar el alba, Menut, armado de un largo baston blanco y de una calabaza llena de vino, colgada de un hombro, se puso en camino con la cabeza descubierta y los piés descalzos.

Emprendió su marcha con calor, aunque angustiado, con los ojos llenos de lágrimas, sintiendo todavia en sus mejillas los besos de la pobre viuda y de sus cuatro niños, y en sus oídos el eco de sus consejos.

Al entrar en un barranco que debía ocultarle de repente el pueblo que abandonaba y la casa en que habia vivido, no pudo menos de arrojar una postrer mirada hácia ellos y hácia el campanario de la iglesia, cuya puntiaguda cúpula le habia servido de guia tantas veces en sus lejanas escursiones; esta mirada le recordó la tranquilidad que, aunque pobre, habia disfrutado hasta entonces.

(Continuará.)